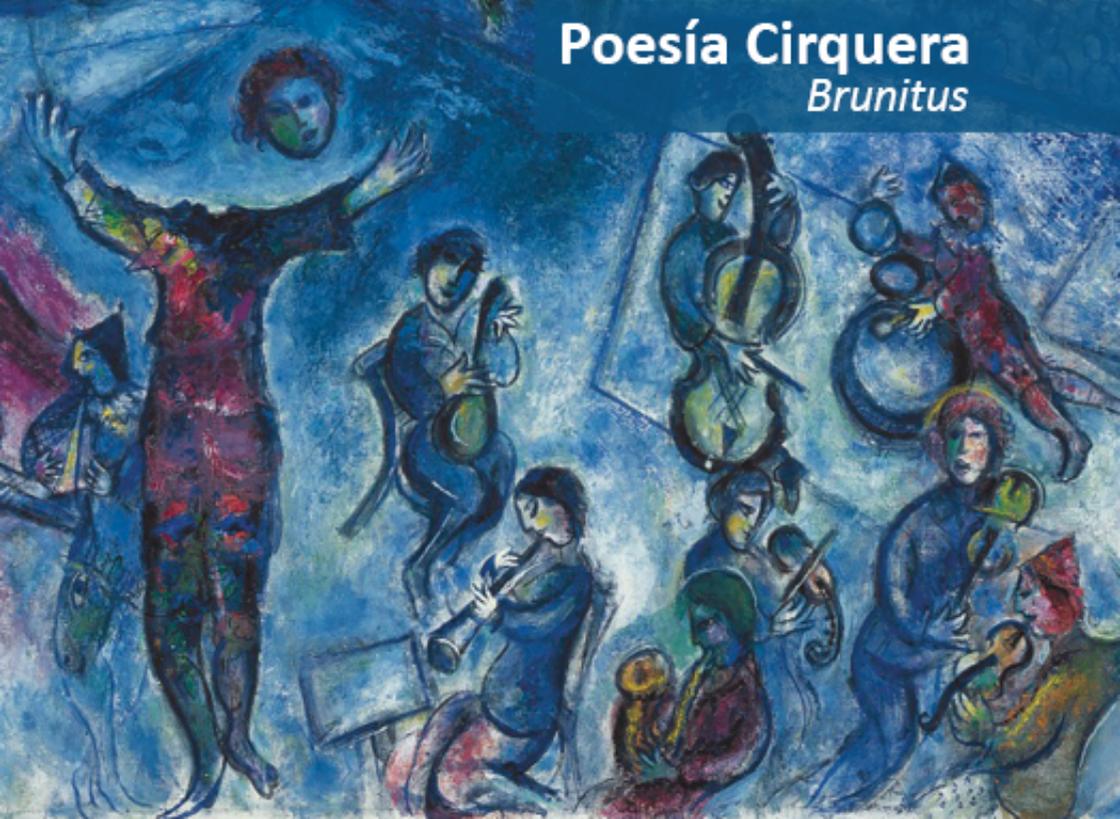




Poesía Cirquera
Brunitus



Esta edición en PDF está creada para la libre circulación del libro *Poesía Cirquera* con la convicción de que el arte puede derrumbar fronteras. La tinta de estas páginas sale de mis viajes como artista callejero. Son palabras empíricas. Que este libro siga su viaje libremente es un acto de coherencia con su contenido.

Este libro en PDF es libre y su costo también lo es.
Este ejemplar es "A la Gorra".

Existen muchas maneras de colaborar en esta gorra virtual:
Económica, emocional, anímica, espiritual, material.
Es cuestión de acercarse.



-  [brunitus](#)
-  [brunitus.arte](#)
-  brunitus@gmail.com

Gracias.

Poesía Cirquera
Brunitus

A papá...



Diseño: Dolores Nougués

Correcciones: Brenda Berstein

Dibujo de tapa: *Le grand cirque* de Marc Chagall

Idea y producción: Bruno M. Gagliardini (Brunitus)

Se agradece la lectura, el apoyo y la difusión

Índice

Introducción	06
Prólogo	07
Secreto	08
Pañuelo Rojo	09
Niño	12
Familia	14
Huella	17
Plaza vacía	19
Triple	20
Diábolo	24
Árbol	25
Gorra	26
Caballos	27
Saludos	29
Tristeza	31
Tornillo	33
Artista	36
El payaso que lee libros de autoayuda	38
Ser o no ser	40
Destino	42
Maestro	45
Manifiesto	52

Introducción

Poesía Cirquera es un proyecto literario. Un proyecto de divulgación pasional que difunde a través de las distintas formas de la literatura, la pasión por los procesos creativos en general y por el circo y los espectáculos callejeros en particular. El proyecto nace con total libertad, como un juego. Nace con mis primeros pasos como artista, allá por los años noventa, sin imaginarme que tanto tiempo después, eso que comenzó de forma lúdica, se transformaría en una gran pasión. Nace cuando nacen los viajes descubriendo las peatonales y plazas del mundo, nace con el teatro comunitario y los proyectos de circo social, nace con los festivales de espectáculos callejeros en Europa, con los viajes en un humilde circo por la Argentina, nace con la aventura de elegir ser artista de circo y artista callejero. Nace al descubrir el arte como herramienta de transformación social.

En estas páginas conviven cuentos, relatos, poemas y ensayos inspirados en el circo y sus personajes, la calle y su público. La risa, la idea, el riesgo, los aplausos, el silencio. Todos escritos con el sudor que se deja en la pista.

El circo, redondo como la luna, también tiene su cara oculta. *Poesía Cirquera* es una grieta en la lona por donde espiar este fantástico mundo.

Pasen y vean, pasen y lean...

Prólogo

Nunca me gustó la poesía, no la sentía popular, de todos. Después leí a Bukowski y pensé muy distinto de la poesía. Luego volví a pensar, y empecé a existir. Al existir comprendí que la angustia de la existencia necesitaba bálsamos como la poesía para soportarla.

¿Qué es un poeta? ¿Quién es un poeta?

Y al ponerme filosófico me doy cuenta que con la pregunta me alcanza: Bruno es un poeta.

Con él compartí funciones bajo la luna llena de Río de Janeiro, bajo los colores estridentes de carpas europeas y en noches locas de nuestro *Circo Vachi*.

Él siempre fue un poeta. Poeta del diábolo y de las góndolas de quesos en París.

Este libro de poesía cirquera es el resumen de una mente brillante y un alma tan humana como el hambre de un artista dos o tres horas después de trabajar.

El Payaso Chacovachi

Secreto

Antes de salir a la pista
repito tres palabras
son un rezo, mi rezo

entrega, desapego, disfrute
entrega, desapego, disfrute

así, varias veces

la primera, la generosidad
dar hasta quedarme vacío

la segunda, soltar
soltar el éxito
soltar el fracaso

la tercera, la libertad
haber elegido el camino,
mi camino

desearía repetir estas palabras al despertar
tener tanto respeto por la vida
como lo tengo por la pista

pero no
la vida es cosa de todos
la pista es cosa de unos pocos.

Pañuelo Rojo

Era muy pequeño cuando me preguntaron qué me gustaría ser de grande. Mis compañeritos respondieron: heladero para comerse todos los helados, famosa para salir en la tele, superhéroe para salvar al mundo, portero para baldear las veredas, bailarina, jugador de futbol, inventor, presidente y carpintero. Cuando llegó mi turno respondí que quería ser artista de circo para cruzar fronteras.

Pasé toda mi infancia practicando con mucho esfuerzo y dedicación. Siempre pensé que la mejor manera de cruzar fronteras era salir disparado de un cañón. Me fabriqué un casco y le dibujé una estrella, con las sábanas hice una capa y con la ropa interior de mi madre diseñé un traje colorido para pasar volando por arriba de todos los controles y poder viajar de un lugar a otro.

Coloqué el cañón frente a la frontera y prendí la mecha. El lanzamiento fue perfecto, mi capa flameaba y yo comenzaba a recorrer el mundo. Pero los guardias de seguridad me dispararon y conocí la muerte antes que mi destino.

Decidí entonces, perfeccionarme como trapequista y poder volar de un trapecio a otro. Mi malla blanca se confundiría con las nubes y mis movimientos suaves con el volar de los pájaros. Me balanceé todo lo que pude y dando giros en el aire cerré los ojos para aterrizar en un horizonte desconocido.

Nuevamente las armas de los vigilantes me detuvieron. Los pájaros tampoco tienen permitido cruzar fronteras. Por segunda vez morí sin conocer más que donde había nacido.

Comencé a entrenar acrobacias hasta lograr los mejores saltos que nunca antes se habían imaginado. Tomé carrera y con mis piruetas me dirigí hacia la frontera. Mis trucos eran tan veloces e increíbles que ningún arma pudo detenerme. Pero me estrellé con un gigantesco muro de cemento y perdí el conocimiento. Desperté en un cuarto minúsculo que no me permitía dar ni un pequeño salto y morí de quietud.

Mi cuerpo estaba cansado de tanto entrenar pero los fracasos me habían enseñado a reírme de mi mismo. Me vestí de colores, unos zapatos grandes, una peluca y mucho maquillaje. Así me acerqué a la frontera. Con humor e ingenio realicé una gran rutina de payaso que hubiese hecho feliz a todas las familias del mundo. Pero nadie rió. Me pidieron papeles y documentos a lo que yo respondí con tortas en la cara y flores que tiran agua. Me volvieron a encerrar y esta vez morí de soledad.

Ya de viejo, mi cuerpo estaba lleno de dolores y hacer reír me generaba alergia. Intenté ser heladero, famoso, superhéroe y portero. Pero eran sueños prestados.

Mi último intento fue transformarme en un gran mago. Practiqué día y noche hasta que sonaron los redobles, de mi bolsillo saqué un gran pañuelo rojo y mostré que la galera estaba vacía. Desaparecí y aparecí al otro lado. Lo había logrado. Había cruzado la frontera.

Avancé lo más rápido que pude y sin mirar atrás me entregué a descubrir ese mundo nuevo. Pero me sentí solo, ya había muerto una vez de soledad y no quería volver a pasar por eso. Recordé el día que me preguntaron qué me gustaría ser de grande y me acerqué una vez más a la frontera. En el momento que los guardias de seguridad apuntaron todas sus armas hacia mí, nuevamente sonaron los redobles. Debajo del pañuelo rojo ya no había nada y la galera estaba vacía. Fue mi mejor truco.

La frontera había desaparecido.

Empezaron a caer hombres y mujeres lanzados por sus cañones, trapecistas disfrazados de nubes, acróbatas dando saltos asombrosos y payasos usando de escudo una gran nariz roja. Detrás de ellos: heladeros, famosos, héroes, porteros.

Detrás del circo venía su público.

De niño quería ser artista de circo para cruzar fronteras. De grande quiero ser artista de circo para que los demás crucen fronteras.

Niño

Los zapatos gigantes y el sombrero tipo *bombín*, completan lo que el maquillaje anuncia. Camina pausadamente hacia el centro de la plaza. Abre su valija y comienza a ordenar las futuras sorpresas. Hay que tener todo listo, nunca se sabe que truco es el más oportuno hasta el momento justo.

La poca gente que hay en el lugar, con gestos, se adelanta a los hechos. Algunos se van maldiciendo, comparando a los políticos con los payasos. Otros toman del brazo a sus hijos e inventan alguna excusa poco creíble para irse rápidamente. Las parejas se sienten invadidas y se refugian en algún otro lugar de la plaza. Algunos viejos se quedan, no por entusiasmo, moverse les implicaba mucho esfuerzo.

Hay una sola persona que se queda con la ilusión de que suceda algo maravilloso. Es un niño, prolijamente peinado y vestido. Se acerca, mira al artista y amablemente pregunta:

—¿Sos pobre?

El artista se sorprende, nunca le habían preguntado algo así.

—No, ¿por qué? —retruca amablemente.

—Porque trabajás en la calle —el niño sigue, como repitiendo una fórmula—. Si trabajás en la calle, sos pobre.

Las palabras del niño entristecen al artista. Hay una gran contradicción en lo que está sucediendo. Un discurso de adulto lleno de prejuicios, una mirada de niño llena de ilusión. El artista respira hondo y muy seriamente responde:

–Todo lo contrario, pequeño amigo –acomoda su corbata a lunares y continua–. Te voy a compartir un secreto: Soy un hombre muy rico, tan rico, que hago de mi vida lo que más me gusta –hace una pausa, mira fijamente al niño y en voz baja dice– o será al revés, y es hacer lo que más me gusta lo que me transforma en un hombre muy rico. No lo sé –con sonrisa pícaro el artista abre su valija revelando todos sus secretos–. Lo que sí sé es que lo que más me gusta es esto, ser artista y trabajar en la calle.

El niño abre grande los ojos y la sonrisa deja a la luz sus pequeños dientes. Sale corriendo y mientras corre piensa. Piensa con tanta intensidad que sus pensamientos se pueden leer en el aire: rico y payaso, ahora sí mis padres me dejarán ver la función.

El niño nunca regresó, pero la función sucedió igual. Hermosa, entretenida y generosa. Llena de riquezas.

Familia

Todos reían con ellos. Eran una dupla perfecta. Pero nadie, por más ocurrente que fuese, hubiera imaginado que eran padre e hijo.

Una vez conocí a un payaso. Recuerdo que era muy mentiroso. Se la pasaba contando historias fantásticas de su pasado, que no coincidían con su mediocre presente. Dejando de lado la veracidad de las historias, daba gusto escucharlo. Interpretaba los distintos personajes, se poseía, cantaba y actuaba sus historias.

Lo conocí trabajando en un humilde circo. Un circo con buenas intenciones, pero sólo eso. Era un gordito simpaticón que hacía reír al público con chistes clásicos. Luego de la función, mientras compartíamos la cena, comenzaban sus historias. Historias que hablaban de grandes circos donde el público se rendía a sus pies, premios al mejor payaso por sus grandes números y mujeres hermosas que se enamoraban perdidamente de él.

Una noche, alguien le preguntó por su familia. Se puso de pie (siempre hablaba de pie). Contó que nació en un pequeño pueblo. Su madre era una pelirroja exuberante y su padre era un enano, ambos artistas de circo. De esa pareja desapareja

habían nacido cuatro hijos: tres mujeres, dos hermanas mellizas enanas y una niña de altura normal y un varón, que era él, un joven alto y un poco gordito. Esa noche todos reímos escuchando e imaginando. Sus historias sorprendían, pero más sorprendía que siempre se le ocurriera algo nuevo y cada vez más absurdo. Sus palabras nos llevaban de viaje. Todos aportábamos a sus relatos, a veces con burlas, otras con más mentiras. Mientras comíamos los restos del día anterior, construíamos el rompecabezas del pasado. Un pasado con mucho condimento, como la comida. Para que tuviera mejor sabor.

El circo iba recorriendo pequeños pueblos. De jueves a domingo se hacían funciones. Cada tanto, se llenaba la carpa. Cada tanto, éramos más artistas que público. Pero la función nunca se suspendía, todo sumaba.

Un día, el silencio nos confundió. El payaso mentiroso siempre estaba molestando antes de entrar a la pista. Pero esta vez estaba callado, espiando entre los telones como la gente se acomodaba. Por primera vez, lo vi nervioso. Se maquilló más preciso que nunca, su vestuario estaba inusualmente impecable, y sus gags todos prolijamente acomodados. Le pregunté si todo iba bien, pero no respondió.

La función fue una más, salvo por las risas. Lo que tenía alterado al payaso mentiroso, lo había al mismo tiempo inspirado. Tengo la teoría de que los nervios antes de entrar a la pista, son positivos. Implican respeto por el público y por lo que uno va a hacer. Implican hambre de que las cosas salgan

bien. Un artista con la panza llena pierde su norte. Y ese día, el payaso mentiroso se comió al público.

Por la noche, la mesa para cenar tenía cinco platos más que de costumbre. El dueño del circo anuncio que teníamos invitados. Una mujer de curvas generosas y andar llamativo fue la primera en sentarse, junto a ella se acomodó una niña flaquita y alta. La niña llamo con un grito a sus hermanas. Dos mellizas, que eran enanas, llegaron corriendo. Y por último, el payaso mentiroso venía abrazado a un señor enano que apenas le pasaba la cintura.

En ese momento aprendí, que los payasos no mienten. Simplemente llevan, una vida poca creíble.

Después de ese encuentro, el señor enano se sumó al espectáculo. Todos reían con ellos. Eran una dupla perfecta. Pero nadie, por más ocurrente que fuese, hubiera imaginado que eran padre e hijo.

Huella

El día se derrite en tonos sepia. La ciudad, un rompecabezas de infinitas soluciones. La peatonal céntrica refleja un escenario posible. Comerciantes, empresarios, turistas y marginales encajan entre sí. Complementándose, completándose.

Una madre, camina hacia su norte. Con la mirada en ningún lado, parece una pieza más. Sobre su hombro izquierdo, su pequeña hija, viaja. La beba mira hacia el sur, es de otro juego. Mientras la madre avanza, va dejando una huella impensable.

La beba sonríe. Sonríe a todo y a todos. Al comerciante, al empresario, al turista, al marginal. La sonrisa es para todos igual, la única que tiene, generosa, espontánea y contagiosa. Una sonrisa que festeja la vida.

El comerciante está acostumbrado a sonreírle a los clientes que responden como una pared. El empresario está acostumbrado a sonreírle a los poderosos que responden como una pared. El turista sonríe porque su pared está lejos. El marginal le sonríe a la pared porque es mucho más amable que sonreírle a una persona.

La beba le sonríe a todos. Y nadie puede resistirse. El comerciante, el empresario, el turista y el marginal le devuelven la sonrisa. Por un instante, las paredes se derrumban y el día tiene colores.

El artista tiene el don de compartir su visión del mundo a través de las emociones. El artista callejero es la beba que viaja en el hombro izquierdo de su madre. La sonrisa es para todos igual, la única que tiene. Generosa, espontánea y contagiosa.

Derrumbando paredes.

Mirando al sur.

Plaza vacía

La página en blanco del artista callejero

Están los locos y los niños, los sabios y los tontos
los que no usan reloj, los que no tienen brújula
los enamorados, los aventureros y los curiosos

ellos se acomodan en la primera fila
de la palma de mi mano

están los que espían, los que mantienen distancia
los que pasan por ahí, los que caminan mirando el suelo
los perdidos, los que piensan que no es para ellos
los que tienen miedo

ellos son un desafío
a un paso de quedar atrapados
a un paso de perderse en el horizonte

y están la mayoría
los prejuiciosos, los que se olvidaron de jugar
los apurados, los que se creen importantes
los que no pueden, los que no se lo permiten

ellos son el redoble
de un truco peligroso
que saldrá mal.

Triple

El triple salto mortal es el sueño de todo trapecista. Un imposible que apenas ha sido rasguñado. A escondidas, con la carpa vacía y la pálida luz blanca, un nuevo capítulo se asoma lentamente. Pero para un artista de circo, la hazaña no se construye hasta que el público no la festeja.

Alfredo y su portor habían establecido un código: si la rutina de todos los días salía perfecta harían una seña al presentador y este irrumpiría en la noche con el gran anuncio. Los trapecios volantes eran el cierre, durante ese acto, el resto de los artistas se preparaba para el saludo final. Pero esa noche fue distinta, nadie se quería perder ese nuevo capítulo en la historia del circo.

La rutina sale perfecta, el público eufórico aplaude. Alfredo mira a su portor, su portor le devuelve la mirada con una sutil sonrisa. Alfredo mira al presentador y le hace la seña pactada. El presentador respira hondo y se entrega a su labor con el entusiasmo de una primera vez. Todas las noches, con sus palabras, transforma las piruetas en acontecimientos únicos. Esta vez, es cierto.

El latir del redoble enmudece la carpa. Alfredo se hamaca más que nunca. Lo que quiere lograr, queda lejos. Del otro lado, el

portor golpea sus manos con firmeza y el polvo del magnesio propone una foto inolvidable. Alfredo y su portor llevan meses buscando, obsesionados.

El trapecio llega a su punto máximo. Las manos de Alfredo se alejan de la barra, y su cuerpo se agrupa dejándose llevar por la inercia de tantos ensayos. Nadie se mueve, nadie respira, los corazones de todos se detienen. Salvo el del portor, que late más fuerte que nunca. Él sabe que está en sus manos, literalmente, atrapar a este ángel y devolverlo a la tierra. También sabe, que el nombre que pasará a la historia será el de Alfredo y que nadie recordará quien fue el primer trapecista en atrapar un triple salto mortal. La historia se pregunta si logrará dejar caer su ego o si su ego, dejará caer a Alfredo.

El primer mortal, de tan perfecto, es casi imperceptible. El cuerpo de Alfredo sigue girando. El segundo mortal se concluye en el punto más alto del vuelo, las luces rebotan en las lentejuelas del vestuario generando un efecto celestial. Para muchos, lo que está por suceder sólo es posible con una ayuda divina.

Hay una sola persona que está en esa carpa, en ese momento, mirando para otro lado. Es el padre de Alfredo. Por su sangre, Alfredo es quién es y por su sangre, Alfredo está arriesgando su vida. Alfredo lleva apellido de trapecistas. La historia de su familia está llena de capítulos trágicos en la búsqueda del triple salto mortal. Fumando un cigarrillo, en la puerta del circo, el padre de Alfredo espera. Es un parto. Pero esta vez, la señal de que todo sale bien no es el llanto de un bebe, sino el estallido del público en un aplauso eterno.

El portor se balancea, se sincroniza. Todos confían en él, pero él duda. Hay algo que nadie sabe. Al portor le encantaría estar en el lugar de Alfredo. Su altura y su peso, desde pequeño, lo obligaron a ser el que recibe, el que atrapa, el que sostiene. Pero nunca pudo ser el que vuela, el que acaricia el sueño de todo humano.

El cuerpo de Alfredo entra en su tercer giro. La historia, comienza a reescribirse.

El dueño del circo cierra los ojos y comienza a rezar. Él había convencido a Alfredo de que se arriesgue, lo había manipulado con elogios y promesas. Pero la verdad es que el circo estaba en decadencia. En los últimos pueblos la gente apenas se había acercado. Tener el primer triple salto mortal de la historia lo salvaría. Y una tragedia lo terminaría de hundir. El dueño del circo reza, reza sin parar.

El único que está en paz es Alfredo. Él vuela, es lo mejor que sabe hacer. Elegante, preciso, natural. Allí arriba, su cuerpo desafía las leyes de la física y su mente descansa. Cuando Alfredo es trapeceista, es libre. Por eso pasa más tiempo en el aire que en el suelo. Cuando camina se imagina volando, cuando vuela, simplemente vuela.

El circo es gigante y agiganta. Es gigante porque tiene raíces con forma de ruedas. Los nudos con los que se aferra son fuertes pero efímeros. Es gigante porque no se sabe donde empieza y menos donde terminará. Es gigante porque es universal y popular. El circo agiganta la nobleza del payaso, que se ríe de sí mismo para hacer reír a los demás. Agiganta la

fuerza del forzudo, la flexibilidad de la contorsionista, el equilibrio del equilibrista, los reflejos del malabarista. Agiganta la osadía, los actores actúan el riesgo, los artistas de circo lo viven en carne propia. Agiganta la utopía, esa de volar como los pájaros, volar como los trapecistas.

En el año 1920 Alfredo Codona fue el primer trapecista en la historia en realizar el triple salto mortal. La prensa lo llamó "gloria de poesía volante" y "ángel del trapecio". Por el contrario, nadie describió la hazaña del hombre que atrapó a Alfredo con manos firmes. Nadie, ni siquiera, recuerda el nombre del portor.

Sólo se sabe una cosa: era gigante.

Diábolo

Elemento sin vida que late, respira y transpira junto conmigo
Fuerzas de igual módulo y dirección pero sentidos opuestos
La mirada de un niño que se pierde en dibujos etéreos
Dos copas unidas por un eje más dos palos y un hilo
Una extensión del cuerpo en una danza circular
Enredos alocados con finales felices
Ahuyentar malos espíritus
Generar energía
Transmitir
Bailar
Girar
Lanzar
Movimiento
Juguete milenario
Compañero de aventuras
Equilibrios confusamente bellos
Lanzar a través de según los antiguos griegos
Rotación de sensaciones sobre un universo infinito
Un puente invisible hacia las emociones del oponente
Hay que ponerse a girar para poder entenderlo, girar y girar
Cada vuelta salpica y desparrama la esencia de quien le da vida

Árbol

Una madre le grita a su pequeño hijo. El niño llora desconsoladamente porque no quiere hacer aquello a lo que su madre lo obliga. La madre insiste una y otra vez. Con voz firme y la intensión en la palma de la mano, ordena a su hijo que se trepe a un árbol. El niño expresa claramente sus deseos: quiere estar en su casa jugando con la computadora. La madre insiste, pero esta vez negociando. Sólo podrá jugar con la computadora si antes se trepa a ese árbol.

Algo especial debe haber allí arriba.

El niño grita una y otra vez, no tiene pensado subir a ningún lado. La madre, en un acto desesperado, decide aplicarle la condena más terrible. Con voz firme y amenazante dice:

—Hasta que no tengas aventuras de verdad, no vas a poder tener aventuras de mentira.

Cada uno debe subirse a su propio árbol. No al del otro. Tampoco al que otros dicen. Sí al propio. Descubrirlo es la parte difícil. Luego, de la rama más gruesa colgar una hamaca. Balancearse lo más alto posible y disfrutar de la brisa que genera el movimiento. Es lo más parecido a ser libres que vamos a sentir.

Gorra

En algún momento de la función, el artista callejero, pasa su gorra. La gorra es un espejo donde todos quedan expuestos a sus miserias:

el pobre a su pobreza,
el egoísta a su egoísmo,
el avaro a su avaricia,
el hipócrita a su hipocresía.

El artista a su arte.

Caballos

Cuando a un artista se le desea mucha mierda, se le está deseando muchos caballos atados en las afueras del teatro.

En la época de Shakespeare la gente viajaba en carretas. Carretas tiradas por caballos. Noble animal el caballo. Elegante, fuerte, servicial, salvaje, compañero de héroes revolucionarios. Las carretas se utilizaban para ir a trabajar, pasear, comprar. Para ir al teatro. Así era. La gente llegaba al teatro, ataba los caballos en la puerta y se entregaba a disfrutar de este cálido arte. Luego, se retiraban al ritmo del galope. Galope que, con suerte, acompañaba el eco de los aplausos. La gente se transformaba en público y el caballo seguía siendo caballo. Un animal pierde su esencia cuando lo atan. Mientras la gente se perdía en los dilemas de Hamlet, el amor pasional de Romeo y Julieta y la locura de Macbeth, el caballo en la puerta del teatro se aburría y sumergido en su tristeza, cagaba.

Cuando a un artista se le desea *mucha mierda*, se le está deseando muchos caballos atados en las afueras del teatro. Se le está deseando, mucho público en la sala.

De todas las virtudes de este noble animal, el artista toma su intimidad más desagradable para representar su deseo.

Quizás, sea para recordar la paradoja del artista: nunca debe ser cagón pero siempre debe cagarse en todo aquel que intenta atarlo. Quizás, sea para recordar que no importa si el artista es sucio y vulgar. Pero sí importa que su arte nazca de las entrañas. Quizás, sea para recordar que el artista siempre tiene que tener hambre. La sala llena le permite alimentar su estómago y su espíritu. Pero, por sobre todas las cosas, el artista no debe ser onanista. La sala llena representa una gran orgía de generosidad.

Galileo Galilei, hombre apasionado por las ciencias y el arte, dijo:

–Digamos que existen dos tipos de mentes poéticas: una apta para inventar fábulas y otra dispuesta a creerlas.

El deseo de *mucha mierda* es,
el deseo de muchas mentes poéticas.

Dato histórico: William Shakespeare y Galileo Galilei nacieron ambos en el año 1564. Mentas poéticas.

Saludos

Hay que compartir el planeta con otros y otras. Algunos, para evitarlo, optan por mudarse hacia la muerte o se quedan y se encierran. Pero la mayoría decide compartir. Esa gran convivencia exige mínimos códigos. El saludo, es uno de ellos:

—Hola.

—Hola.

Hasta aquí vamos bien. Un gesto de carácter coloquial que fue mutando hacia la inercia. Lamentablemente hay más:

—¿Qué tal?

—Bien, ¿y vos?

—Bien.

Un falso interés por el otro. Un falso bienestar.

Hace unos años, viajando por otras culturas, aprendí otra forma de saludar. Esta nueva forma, tan distinta, me quedó grabada:

—El cielo está despejado.

—El pueblo está tranquilo.

—Alá es el dueño de todo.

Sería interesante recuperar el significado del verbo saludar. Simplemente, desear salud. El saludo no es real, el saludo es un deseo. Expresar algo agradable. Me imagino entonces, al cruzarme con algún amigo artista de circo:

- La carpa está llena
- La rutina sale perfecta
- El público aplaude de pie

Luego, cada uno sigue su camino.

Tristeza

Hay muchos escritos que hablan de la paradójica tristeza del payaso. Canciones, poemas y cuentos sobre el payaso sufrido, que dejando sus penas a un lado, tiene que hacer reír para poder comer. Hermosas estrofas que dignifican la generosidad del payaso...

Es el Tony en esta vida a quien Dios destinó a sufrir, pues tiene que hacerte reír aunque tenga el alma herida. Con su sonrisa fingida tiene penas que ocultar. Si el payaso pudiese hablar y contar sus amarguras, hasta las almas más duras podrían con él llorar. (La vida del Tony de Nicolás Maturana)

Estrofas que dan ganas de abrazar a todo payaso. Sabiendo que detrás de la máscara más pequeña que existe, la nariz de payaso, puede haber un ser humano pasando el peor día de su vida...

Cuántos hay que, cansados de la vida, enfermos de pesar, muertos de tedio, hacen reír como el actor suicida sin encontrar para su mal remedio. Ay, cuántas veces al reír se llora. (Reír llorando de Juan de Dios Pesa)

Desde lo personal, mi perspectiva tiene otro tono: Cuando estoy cansado de la vida y con el alma herida, lo que más necesito son abrazos sinceros.

Lo más parecido a esos abrazos que conozco, es el aplauso espontáneo de un público. Cuando estoy cansado de la vida y con el alma herida, lo mejor que me puede pasar es salir a la pista.

Dicen que la risa cura.
Hacer reír, mucho más.

Tornillo

Empecé por cambiar mi forma de vestir, imposible hacer mérito con la simpleza. Por suerte, la extravagancia me sentaba muy bien. Practiqué una nueva forma de caminar y detenerme. Adiós al fantasma que arrastra los pies, bienvenido el bailarín de las veredas. Mi voz, mi manera de hablar. Tantos años susurrando, había llegado el momento de ser escuchado.

El segundo paso fue frecuentar bares acordes a mi búsqueda. Mientras revolvía lentamente el café ostentaba la tapa del libro que estaba leyendo, libro que había elegido en forma minuciosa. Fumaba pipa, usaba boina, me sentaba cruzando las piernas. Era sólo cuestión de tiempo.

Fui sumando detalles, evolucionando. Silbaba melodías que sólo ellos reconocerían, consumía drogas, me involucré en política. Exageré un poco más mi andar y mi ropa. Decidí gritar y pasear cargando varios libros. Eso funcionaría.

Al poco tiempo leía y cantaba a la vez. Fumaba dos pipas, usaba dos boinas, militaba en dos partidos políticos. Duplicar mis esfuerzos achicaría el tiempo de espera a la mitad. Matemática pura.

Finalmente había llegado el momento de mi reconocimiento. Me paré en la puerta de su taller. Mi pie derecho, el del zapato amarillo, sostenía todo mi peso. Mi pie izquierdo, el del zapato verde, se apoyaba contra la pared. Mis dos pipas dibujaban nubes que me daban sombra, mientras iba cargando la tercera para que el encuentro no me agarre desprevenido. Las cuatro viseras de mis cuatros boinas cubrían todos los frentes de batalla. Arrastraba un pequeño carro de madera lleno de libros. Silbaba, cantaba y gritaba. Había entrenado la manera de hacer las tres cosas en simultáneo y me salía a la perfección.

Para asegurarme de llamar su atención arrojé una piedra rompiendo el vidrio de su ventana. Entonces salió.

Apenas lo vi me di cuenta del error que había cometido. Él usaba moño. ¿Por qué no me había puesto un moño en lugar de mis cinco corbatas? Me miró. Que mirada. Había practicado esa mirada horas frente al espejo. Pero la de él era profesional. No dijo nada. Yo gritaba, silbaba y cantaba. Y él, nada. No tenía boinas, su traje era de un simple gris y su sonrisa genuina. Esa era la principal diferencia. Yo de genuino no tenía nada. Hice silencio. Tiré mis cuatro boinas al suelo, me arranqué las cinco corbatas, arrojé al río mi zapato verde y con el amarillo rompí otro vidrio de otra ventana. Escupí mis pipas, las tres. Me desnudé por completo. ¿Qué mejor manera de demostrar mi falta de prejuicios e inhibiciones? Me puse a saltar sobre los libros desparramando sus hojas por la vereda. Era pura rebeldía.

Lentamente realizó medio giro y volvió a su taller. Dejó la puerta abierta. Me detuve. Estaba solo, desnudo en la calle. Hice paso a paso lo que tenía que hacer. Mis esfuerzos habían llegado a buen puerto. Ya veía una mesa gigante con todos ellos aplaudiéndome y yo recibiendo mi merecido trofeo. Lo había logrado.

Volvió. Me cubrió con una frazada.
Pausada y cariñosamente me dijo:

—Es inútil pedirlo, ni hacer méritos. No es loco quien quiere, sino quien puede.

En el año 1948 Benito Quinquela Martín creó "La Orden del Tornillo". Con picardía, le dio coherencia a la locura. Para la gente común, preocupada por las cosas materiales, esos hombres y mujeres vivían en estado de locura. Ellos sabían de esta opinión y la aceptaban con humor. Eran "los locos" que se evadían de los cuerdos, de los egoístas, de los calculadores. La incorporación de nuevos miembros se convirtió en una fiesta, Quinquela se colocaba su uniforme y hacía entrega de un simbólico tornillo. Todos los distinguidos recibían la advertencia: "Este tornillo no los volverá cuerdos, muy por el contrario, los preservará contra la pérdida de esa locura luminosa de la que se sienten orgullosos."

A continuación, y alrededor de una gran mesa con mantel de papel blanco, brindaban con vino y comían fideos de colores...

Artista

El arte puede salvar al mundo. ¿El artista? El artista no.

El artista es lucha constante, sus necesidades como ser humano se enfrentan al despertar de su ser arte. El arte necesita del artista para nacer, para ser. El artista debe parir y luego entregarse a su creación. En otras palabras: El artista es mitad ser humano, mitad ser arte. Hace falta más arte y menos humano en este ser.

¿Qué pasa cuando el artista abraza con fuerza su parte humana? ¿Qué pasaría si el artista renuncia a su parte humana para defender el arte?

Ideas que se moldean para encajar en un mercado de consumo que consume las ideas. Mundos que se abren al mundo sólo para alimentar el ego. Arte que se transforma en producto, sin esencia, sin generosidad.

Artistas que se ensucian en silencio, transpiran junto a colegas para darle forma a un sueño, una idea. Artistas que pasan hambre dándole de comer al arte. Arte que es alimento.

Artistas que viven de su belleza, una belleza que ellos no escribieron. Se aprietan para encajar en el envoltorio y brillan con la luz de los prejuicios. Artistas que construyen murallas, monumentos y altares. Artistas de plástico.

Artistas que se apropian de su arte y son aplastados por su firma. Artistas que se apropian del arte de los demás bailando la danza de los mediocres.

Artistas que suman, aportan, colaboran su parte a un todo. Un todo en constante expansión. Artistas que levitan, flotan, vuelan. Artistas que cierran los ojos y respiran, respiración que une sin discriminar. Artistas comprometidos. Artistas que buscan y comparten, descubren y donan, crean y seden, abren, liberan, inspiran, potencian.

Artistas que levantan la bandera del sacrificio por llevar una vida errante olvidándose que la errancia es humildad sin estandarte. Artistas que se sienten especiales: para que un artista se sienta especial hace falta un público que no lo sea. Egoísmo puro.

El arte que puede salvar al mundo es el que nos acerca a la naturaleza. No hablo de las flores o el cantar de los pájaros. Hablo de un estado de generosidad absoluta. Sí, la naturaleza es generosa.

Artistas que son caricia y viento, historia y raíces, latido, mirada, abrazo. Artistas que luchan, invisibles, para darlo todo por el arte. Artistas que se transforman y transforman. Artistas que resisten a ser humanos, artistas que mutan en arte. Arte que resiste, arte que salva.

¿Somos arte? ¿Somos naturaleza?
¿O somos artistas?

El payaso que lee libros de autoayuda

Los camarines del circo son un semillero de imágenes fuera de foco. Presenciar la metamorfosis del que viene de la calle y luego entra a la pista, es una experiencia disparatada. No hablo del maquillaje, los brillos y el vestuario. Hablo de la energía, la presencia.

En la pista, el artista está iluminado por las luces del circo y el público se encuentra en penumbras. El artista debe ser un reflector, compartir y potenciar las luces que le apuntan. Las lentejuelas ayudan, pero no es suficiente. El anhelo es encandilar con el arte.

En los camarines, la luz es tenue y rebota en los espejos, yendo y viniendo hasta desvanecerse. No hay artistas, sólo sombras y reflejos de simples personas. El telón de fondo es la línea que separa la persona del artista. El limbo escénico.

Existen grandes contradicciones entre estos dos mundos. La más popular, el payaso que en la vida es triste y en escena hacer reír. Pero hay más: el malabarista sin reflejos, la trapecista con miedo a las alturas, el forzudo sin fuerza, el equilibrista que se tropieza seguido.

De todas esas contradicciones, hace unos días he sido espectador de una que bordea los límites de transformarse en paradoja:

"El payaso que lee libros de autoayuda"

El payaso no actúa, es. Se ríe de sí mismo, de sus errores, juega. Las debilidades personales pasan a ser recursos escénicos. El payaso no se defiende, se entrega. La búsqueda del propio payaso es un camino reflexivo. El payaso disfruta. No tiene nada que perder. Es libre.

Una persona que lee libros de autoayuda no es libre. Siente que pierde todo el tiempo. No disfruta. Busca en reflexiones ajenas. Está a la defensiva, le cuesta entregarse. Sus debilidades lo encadenan. Sufre por sus errores, le cuesta reírse de sí mismo. Una persona que lee libros de autoayuda no es, actúa.

¿Puede alguien ser payaso en la pista y leer libros de autoayuda en el camarín? ¿Puede la travesía ser tan transformadora?

Yo pensaba que no, hasta que lo vi con mis propios ojos.

El payaso que lee libros de autoayuda existe,
está entre nosotros.

Y el público ríe con él.

Ser o No Ser

Quien lo conoce, tiene alguna teoría sobre su salud mental. Pero él, está sano. Hace lo que hace y lo hace como lo hace por una simple razón: Nunca tuvo una idea.

Una noche de invierno, una sensación espantosa lo despertó. Un escalofrío cabalgó por su columna. Salió corriendo directo al baño. Algo adentro suyo quería salir. Se obligó a vomitar. El malestar empeoraba. Era el corazón, latía muy rápido. Estaba por morir. Miró al espejo, tenía los ojos rojos y las venas de la cabeza a punto de explotar. Se asustó. Las piernas se le aflojaron y cayó rendido al suelo. Comenzó a reírse, reírse sin parar. Se levantó, se quitó la ropa, prendió la radio y se puso a bailar desnudo. Abrió la heladera, sirvió un vaso de leche y comenzó a hacer gárgaras. Cambió los muebles de lugar, le habló a las plantas, hizo pis de parado y se vistió con la ropa de su difunta madre. Luego se desmayó.

Su primera idea había nacido.

Despertó cerca del mediodía. Tenía sed, hambre, ganas de viajar, conocer personas, ir al cine y comer chocolate. Se dio una ducha y luego renunció a su trabajo. Tenía la mirada perdida y una sonrisa dibujada. Tenía una idea, su primera idea y era brillante. No iba a parar hasta llevarla a cabo. Necesitaba cambiar su día a día. Necesitaba dinero y poder. Desarrolló un producto, lo comercializó, invirtió en una oficina, luego

construyó una fábrica. Su emprendimiento lideraba los mercados. Necesitaba más dinero, esas cantidades que no se consiguen trabajando. Salió a caminar, observó, diseñó y resolvió. Al otro día las tapas de los diarios hablaban del mayor robo a un banco de la historia. Llegó el momento de conseguir apoyo, el momento de ser popular. Ganarse a los vecinos fue muy fácil, la ciudad, la provincia, el país, eran cuestión de tiempo. Pero no era suficiente. El día que todo el mundo hablaba de él, ese día, se dio cuenta de que faltaba poco. Respiró hondo y se relajó, sintiendo como el aire que entraba en su cuerpo acariciaba su idea, su única idea. Era cuestión de tiempo para cambiar la historia. Solo le faltaba morir. Una muerte rápida, sin dolor. Una muerte con mensaje.

Por primera vez se cuestionó. Lo que más deseaba, lo único que deseaba, era ver su idea realizarse. Para ello, tenía que morir. Maldita paradoja.

En ese momento un dolor de cabeza terrible le obligó a cerrar los ojos. Estaba confundido, su brújula giraba sin parar. Abrió los ojos, todo estaba nublado. Empezó a correr esperando que el sudor lo vacíe. Sintió como el pecho se le comprimía, era un dolor tácito. Intento respirar hondo, acariciar nuevamente su idea, agarrarse fuerte de ella, pero no pudo. La angustia lo obligó a vomitar. Se le aflojaron las rodillas y en aquél punto donde debía morir, simplemente se desmayó.

Su idea, su brillante idea, había nacido de entre sus vísceras, crecido a través de su corazón y se instaló en su cabeza. Esta vez el camino fue el inverso. Comenzó en su cabeza, luego tomó su corazón para finalmente revolverle las vísceras. Su primer dilema había nacido.

Destino

El despertador suena, a la misma hora de siempre, pero con una melodía distinta. Muy distinta. Una canción alegre que parece sarcástica frente al humor con el que Carlos se despierta todos los días. Carlos se encuentra en el limbo entre estar dormido o despierto y no registra este cambio. Un cambio que nadie programó pero que sucedió igual. Un golpe recupera el silencio.

Carlos se levanta de la cama y va directo al baño. Se lava los dientes, la cara y recién entonces puede abrir grande sus ojos. Carlos delinea su peinado suavemente y buscando la simetría descubre que su nariz está un poco hinchada. No le pica, ni le duele, sólo está un poco hinchada. Piel sensible, problemas con la vista, pelado desde joven, chueco y alérgico a casi todo. Así es Carlos.

Mientras la radio resume las últimas noticias, Carlos se viste al ritmo de la cotización de la bolsa y del caos del tránsito. Camisa blanca, pantalón, saco y corbata gris. Carlos odia muchas cosas, entre ellas, los colores.

Se ata los cordones prolijamente buscando que las extremidades queden parejas. Ajusta el nudo, lo ajusta más fuerte que nunca. Pero igual siente que los zapatos quedan flojos. Seguramente le vendieron mal las plantillas.

Maletín, lentes, paraguas y pañuelo. Carlos espera el ascensor. Sube y se encuentra con Matilda, una niña de siete años que va a la escuela. Carlos la mira, hace un esfuerzo y le sonríe. Matilda comienza a llorar desesperadamente. Carlos odia muchas cosas, entre ellas, a los niños.

Carlos sale apurado, el portero lo saluda y él lo ignora, la vecina lo saluda y él la ignora. Carlos avanza rápidamente. Su cabeza piensa en todo lo que los demás tienen que hacer. Cierta incomodidad interrumpe sus pensamientos. Siente el pantalón flojo. Carlos se ajusta el cinturón un agujero más y se enorgullece que su dieta esté funcionando. Sigue avanzando a paso firme y ritmo veloz, mirando el suelo.

Carlos llega a su trabajo. Sí, es suyo. Él es el dueño.

El señor de seguridad, la secretaria, los empleados, todos lo miran horrorizados. Nadie entiende pero, por sobre todo, nadie se atreve a decir nada.

Carlos se encierra en su oficina. Se siente mal, está incómodo. Toma pastillas, alguna va a funcionar. Espera, sigue encerrado. Del otro lado, el hombre de seguridad, la secretaria y los empleados murmuran.

Pasan las horas. Carlos sale de su encierro y se dirige al baño. Abre la puerta. Entra. Cierra la puerta. Grita.

Abre la canilla al máximo, el agua sale con furia. Carlos se refriega desesperadamente la cara. Primero con agua y jabón, pero no funciona. Comienza a raspar sus cachetes con las uñas, pero todo sigue igual. Agarra su nariz, la aprieta, la mira,

intenta arrancársela pero el dolor lo obliga a frenar. Carlos transpira. Intenta sacarse ese horrible saco donde está metido. Algo está mal, la tela es parte de su piel. Las mangas del saco son sus brazos, la corbata ya no es gris, el pantalón son sus piernas y los zapatos sus pies. Carlos revuelve entre los productos de limpieza. Vacía toda botella que encuentra sobre su cuerpo: el pelo, el rostro, la ropa. Grita por el ardor. Todo sea por destañarse, desinfectarse. Pero nada cambia.

Carlos se desespera. Comienza a golpear su cabeza contra la pared buscando despertar. Pero esa, es su nueva realidad. No lo soporta, respira hondo y se dirige a su oficina. Se encierra. Piensa. Lucha. Carlos está perdiendo. Abre su caja fuerte y del fondo saca un arma. Carlos se mira al espejo por última vez. Nunca lloró y ahora tiene una lágrima dibujada en su ojo izquierdo. Intenta secársela pero la lágrima sigue ahí, petrificada.

Carlos toma el arma y la apoya sobre su sien. Respira hondo. Con su última porción de lucidez piensa en su empresa, su dinero, su prestigio, su poder. Piensa en lo que dirán los demás.

Carlos cierra los ojos y dispara.

Un chorro de agua sale del arma.

Muere un empresario ambicioso y malhumorado.

Nace un payaso.

MAESTRO

Inspirado en textos de Albert Camus

Recostado en su silla, el maestro juega con el equilibrio sobre las patas traseras. Mientras tararea su canción contempla la lona como quien contempla un cielo estrellado, un cuadro, un horizonte. El alumno llega tarde, siempre lo hace. Sudado, excitado. De su bolso saca un cuaderno de hojas desprolijas, un lápiz, un sacapuntas, una goma. Se quita el calzado y comienza a respirar profundamente. De a poco se va apaciguando. Su corazón y su respiración se amoldan al ritmo de la canción que el maestro sigue tarareando. La clase puede comenzar.

—¿Por qué canto y me balanceo?, ¿por qué respiras profundo antes de empezar?, ¿por qué razón todas las noches hacemos lo que hacemos? —la voz del maestro suena fuerte pero las preguntas tienen la suavidad de ya tener respuestas.

—Para poder pensar genuinamente maestro. Le ponemos el cuerpo a la vida. Ahí está la posibilidad de nuestra sabiduría — el alumno responde firmemente.

De esta manera comienzan todas las clases. Con las mismas preguntas. Con las mismas respuestas. Luego, el maestro deja de balancearse, lentamente se pone de pie y le da un abrazo cariñoso al alumno. Un abrazo sentido. En las primeras clases el alumno no sabe bien que hacer durante ese abrazo, pero con

el tiempo descubre que en ese instante además de abrazar, el maestro lo está apoyando en la tierra, en el presente, lo está despojando del tiempo. En ese abrazo el alumno desaprende a esperar y en ese vacío se acomoda el nuevo aprendizaje.

El maestro camina dando vueltas alrededor del alumno. Los pasos son relajados, bailados. Caminando sus palabras levitan. El alumno concentrado escucha, escucha sin mirar. Las palabras llegan de todos lados. Son aerodinámicas, vuelan sin resistencia. El maestro juega con sus pies y con sus ideas. Las palabras salen, suaves, con cariño. No son axiomas, son bocetos. Siempre bocetos. El alumno recibe y percibe. Transforma.

Llevan muchos años juntos. Al principio había resistencia. Es natural. La ignorancia es un lugar cómodo. La reflexión es trabajosa. Pero se entrena. Y ese es el juego. Entrenar. Entrenaron juntos todos los días durante años. Entrenaron el cuerpo, la empatía, la capacidad de reflexión, la paciencia, el amor, la escucha, el pensar, el soltar, el observar. Entrenaron la fuerza y la flexibilidad. Del cuerpo, del pensamiento y de los sentimientos. Todos los días. Sin descansar.

—Llegó la última clase. Luego de tantos años de búsqueda juntos, llegó el momento de una pausa. Es tiempo de escuchar el eco de las ideas. Asimilar. Experimentar. La próxima vez que nos veamos, tú serás el maestro y yo el alumno.

El alumno está hambriento de estas palabras. Comienza a respirar profundo nuevamente. De manera imperceptible imagina la canción del maestro. Ahora es suya. Es joven, los

entrenamientos empezaron de muy pequeño. La tradición de maestro y alumno es ancestral pero no de esta manera. No con tanta intensidad. Maestro y alumno salen a la pista juntos y con el hacer se aprende. Simple. Pero ellos no. La entrega de ellos al trabajo y a la reflexión no se había visto nunca. Nadie los entiende, pero los respetan.

—Eso que hacemos todas las noches tuvo su comienzo en algún lado, algún momento, por alguna razón. Para que no pierda su valor tiene que reinventarse en cada repetición. Paradoja: si se reinventa no se repite. Pero es la repetición nuestro camino para reinventar. Trabajo, cuerpo, sudor, alma, conciencia, apertura, observación, escucha. Nuestro camino es empírico, somos una sucesión de presentes. Eso que hacemos todas las noches es nuestra forma de estar frente al mundo con la mayor frecuencia posible.

—¿Frente al mundo? No querrá decir frente al público —
interrumpe el alumno.

—Es lo más parecido al mundo que conozco. Somos payasos, hacemos reír. La pista es nuestro mundo. El público es nuestro mundo. La risa es un idioma universal. En nuestros aplausos conviven razas, creencias, sueños muy distintos. La diversidad es el hogar del arte. Si logramos conmoverlos, logramos llegar a la esencia natural del hombre. La naturaleza es el mundo. La naturaleza es nuestra guía. Es muy importante no despreciar ningún enigma de la tierra.

El alumno escucha. Toma nota. Tacha, borra. Afila el lápiz. Quizás un trazo más fino dibuje palabras más precisas.

Siente que sus anotaciones son incompletas. Está aprendiendo cosas que aún no tienen nombre, pero si tienen cuerpo.

—Maestro. Siento sus palabras. Pero no las puedo repetir. Tengo la sensación en el cuerpo, pero no el concepto en mi mente. Siento una necesidad muy grande de colocarme la nariz roja y salir a escena. Hacer. Sentir. Observar. Asimilar. Volver a hacer.

El maestro se detiene. Detiene su danza. La de sus pies y la de sus palabras. Con el cuerpo quieto deja el movimiento a sus ideas. Sonríe. Entiende perfectamente el vacío de su alumno. El ser humano busca dotar de sentido a su existencia. El payaso también.

—Si el mundo fuese claro, si el alma del ser humano no fuera un misterio, si fuésemos transparentes, entonces el arte no existiría. Crear tienen que ser una necesidad vital. Esa es la esencia que define a un artista. Sino crea, muere —el maestro apoya su mano izquierda en el pecho del alumno— para no morir hay que estar vivo, para estar vivo el corazón tiene que latir, la sangre viajar por nuestro cuerpo. En las vísceras está el secreto. Y nunca olvides, nuestra historia es un órgano más de nuestro cuerpo.

Alumno y maestro todos los días salen juntos a jugar con las emociones del público. Lo hacen reír a carcajadas, suspirar de ternura, gritar de euforia. Todos los días repiten los mismos trucos. La técnica se aprende en la pista.

Alumno y maestro todos los días se encuentran bajo la lona vacía, en ese momento donde la carpa de circo es un templo

muerto. Sin brillos ni aplausos se entregan a la reflexión. Es su manera de trabajar sobre el arte más difícil, más peligroso. La generosidad. Por eso y para eso cada encuentro, cada respiración, cada palabra, cada abrazo. La generosidad en la pista es la pieza difícil del rompecabezas que completa al artista. La empatía hace desaparecer el ego. Si el artista desaparece de la escena sólo queda su arte. Cuando el arte es puro, transforma. No se trata de hacer historia, sino de acompañar a los que la padecen. No se trata de brillar en escena, sino de hacer brillar al público.

La última clase señala que esa noche el alumno va a salir solo a la pista. El maestro habla, habla sin parar, habla más que nunca.

—Cada una de las personas que por un instante son nuestro público. Cada uno de ellos puede, a la vuelta de la esquina, experimentar el absurdo. Porque todo es absurdo. Pero ellos sufren el silencio irracional del mundo. Nosotros somos payasos. Nacemos de lo irracional. El absurdo es nuestro arte. No tenemos miedo a ser juzgados porque sabemos que donde reina la lucidez se hace inútil la escala de valores. Y la pista de circo es el templo de la lucidez. La pista nos hace libres, la nariz roja nos hace libres. La libertad debe ser para todos, o para nadie. Nuestro compromiso como artistas es compartir y multiplicar la libertad. Nuestro compromiso como payasos es mirar a los ojos al público y decirles que no hay absurdo fuera del espíritu humano. Mirarlos a los ojos y hacer que se sientan absurdamente vivos.

El alumno guarda su cuaderno de hojas desprolijas y se pone de pie. Observa la lona, observa la pista. Faltan pocas horas para la función. La primera vez que se puso una nariz roja fue a los cinco años. Desde entonces, cada noche. Cada noche durante ocho años. Siempre acompañado de su maestro. Hasta hoy.

—Maestro —las miradas de ambos se encuentran— por momentos siento la inquietud de si todo este aprendizaje podría aplicarlo, no sólo a la pista, sino a la vida misma. No sólo a la relación de mi payaso con su público, sino a todas las relaciones. Una rutina de payasos dura diez minutos. Cómo sostener la empatía y la generosidad durante todo el día. Cómo ser libres a cada instante. Siento algo sagrado en la pista que me permite entregarme por completo, pero no encuentro esa sensación en la vida cotidiana. Cada vez que termina la función me queda la nostalgia de volver a un lugar donde nunca estuve. Por momentos desearía ser público y que haya un payaso que me haga reír a carcajadas hasta detener el tiempo y los pensamientos. Esa sensación me asusta. Qué pasaría si todos los payasos abandonaran su nariz para ser público de otro payaso.

—Hijo mío —interrumpe el maestro —de los secretos de la vida me declaro ignorante. Esto de ser persona nunca me llamó la atención. Lo único que se es ser payaso y es lo único que pude transmitirte. Pero tú eres mucho más sabio, esa es la herencia de tu madre. Ha llegado el momento de que hagas tu propio camino, como artista, como persona. Sólo me quedan unas últimas palabras —de su bolsillo saca una vieja nariz roja

y se la entrega a su hijo— esta es mi nariz, lamentablemente en esta vida, sólo he sido libre mientras la he llevado puesta. Necesito la guardes como amuleto y sepas que la única manera de afrontar un mundo sin libertad, hijo mío, es devenir tan absolutamente libre que tu propia existencia sea un acto de rebelión.

El alumno queda petrificado observando como su padre se aleja lentamente. Ambos comienzan a tararear la canción. El maestro se pierde a contramano del público que va llegando a la carpa. El alumno se coloca la nariz. La función está por comenzar.

Manifiesto

Morir locos habiendo matado por nuestras ideas.

Morir tristes por haberlas visto morir antes que nosotros.

Todos, alguna vez, deseamos matar a alguien. Un instante imperceptible donde la aguja del reloj no llega a moverse. Un deseo efímero que eriza la piel. Un sentimiento voraz que hay que contener. Puños cerrados y dientes apretados. Un puñal manchado de sangre.

Allí, donde nace ese sentimiento tan poderoso. Allí, nace el arte. Un pincelazo se siente igual que clavar un cuchillo. Un poema es una bomba que explota. O que no explota. Un paso de baile es la bala que atraviesa la carne y actuar, actuar es envenenar. Hacer reír es matar lentamente. Hacer reír a carcajadas es torturar.

El verdadero arte son las ganas de matar.

Matar.

Despedazar la mediocridad. Descuartizar la apatía. Estrangular la hipocresía. Que se desangren los prejuicios, que agonice la represión, que muera lentamente la esclavitud del espíritu.

Matar. Porque si no nos adelantamos, la comodidad atará nuestras ideas sin darnos cuenta, la avaricia les vendará los ojos y el conformismo les dará un suero escéptico y distópico. Y allí, inmóviles, la indiferencia les cortará las venas y la mentira las ahogará lentamente.

Si no nos adelantamos, nuestras ideas morirán en el tintero y el silencio del no aplauso nos hará envejecer rápidamente hasta morir de tristeza.

De eso se trata. De elegir.
Morir locos. Morir tristes.

Esta edición en PDF está creada para la libre circulación del libro *Poesía Cirquera* con la convicción de que el arte puede derrumbar fronteras. La tinta de estas páginas sale de mis viajes como artista callejero. Son palabras empíricas. Que este libro siga su viaje libremente es un acto de coherencia con su contenido.

Este libro en PDF es libre y su costo también lo es.
Este ejemplar es "A la Gorra".

Existen muchas maneras de colaborar en esta gorra virtual:
Económica, emocional, anímica, espiritual, material.
Es cuestión de acercarse.



Gracias.

Fin